

# **LOS VASCOS Y LAS EXPEDICIONES BOTÁNICAS AMERICANAS DEL SIGLO XVIII**

Lección de Ingreso en la R.S.B.A.P.

Por

**ANGEL GOICOETXEA MARCAIDA**

Esta Lección de Ingreso fue presentada en San Sebastián  
el día 9 de marzo de 1990  
en el Salón de Actos de la  
Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Gipuzkoa



Señor Director de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.  
Señoras y señores.

El tema de esta lección de ingreso trata de presentar un capítulo de la participación cultural e intelectual del País Vasco y de alguno de sus hombres e instituciones más representativas en el cultivo y desarrollo de la historia natural del continente americano y, en particular, de la botánica.

Si como ha dicho Caro Baroja, “lo que somos, poco o mucho, lo somos en gran parte por lo que fueron nuestros antepasados del siglo XVIII”, nada mejor que traer aquí y ahora algunas de las realizaciones y de los hechos que se desarrollan en la segunda mitad de ese siglo, en pleno período de la Ilustración, reflejando la vitalidad de un sector de la sociedad vasca, con una base social más amplia de lo que a primera vista pudiera creerse y con una capacidad de acción que sobrepasa los estrechos límites del País para derramarse en sus actividades por toda la Península y por diversos lugares de la geografía americana.

Nuestro objetivo va destinado a enmarcar la participación vasca en el amplio panorama de las actividades botánicas del siglo XVIII, dentro del conjunto de las expediciones dirigidas a catalogar e inventariar la flora y la fauna del continente americano. La mayor parte de las figuras que vamos a ver desfilar son poco conocidas en el campo de la botánica o tocan aspectos marginales de las ciencias naturales, pero vistas en grupo presentan una característica común, la de haber contribuido en aquellos países al desarrollo de aspectos prácticos de la botánica, como es la agricultura, fomentando el cultivo y la comercialización de especies vegetales de marcada rentabilidad económica, con lo que eso significa de progreso social y cultural en países todavía carentes de las estructuras más elementales necesarias para iniciar su andadura independiente.

Si comparamos con el conjunto de los trabajos científicos llevados a cabo durante el siglo XVIII, las expediciones botánicas fueron en el contexto de su época un modelo de esfuerzo, de imagen y de contribución al conocimiento de la historia natural, aunque no se obtuvieran los resultados que corres-

pondían a tanto empeño puesto en la tarea. Frente al grupo de hombres de acción que realizaban trabajos de campo herborizando, cartografiando, dibujando y tomando buena nota de todo cuanto se presentaba a su mirada, faltó la infraestructura cultural y científica para digerir el material acumulado en el corto espacio de veinte años, parte del cual permanece inédito, todavía hoy, doscientos años después de que lo recolectaran esa extraña mezcla de aventureros, cultivadores de las ciencias naturales y dibujantes, impropia de nuestra adocenada época y por ello tan atractiva a nuestros ojos.

## Las expediciones. Orinoco

La expedición de Iturriaga al Orinoco (1754-1760) tiene su origen en el Tratado de Límites, firmado el 13 de enero de 1750 entre España y Portugal con objeto de aclarar las divergencias existentes sobre los límites fronterizos de sus respectivas colonias en la América meridional, así como impedir la penetración holandesa en la Guayana.

José de Iturriaga había nacido en Azpeitia (Guipúzcoa) en 1699 y siguió la carrera naval, llegando al grado de capitán de navío. En su tierra natal ocupó los puestos de alcalde de Azpeitia y Diputado General de Guipúzcoa, además de director principal de la Compañía Guipuzcoana de Caracas. Estos Iturriaga parece que procedían de Orio, donde existía una casa de igual nombre según consta en su expediente de ingreso en la Orden de Santiago.

Iturriaga fue nombrado primer comisario de la expedición por el Ministro Carvajal, quien antes de su partida del puerto de Cádiz le ascendió a jefe de escuadra. Formando parte del grupo expedicionario aparecen los oficiales Antonio de Urrutia, Eugenio Alvarado y José Solano, los dos primeros encargados de los preparativos materiales de la expedición y el último de todo lo referente a las cuestiones geográficas. Tanto Alvarado como Solano, años más tarde, pasarán a ser socios de la Bascongada cuando ésta se constituya.

Lo que más nos interesa de la expedición, al margen de los aspectos políticos de la misma, es la vertiente económica del proyecto, en el que vemos imbricados fuertes intereses botánicos y geográficos. Por primera vez el gobierno español incorpora a una misión de estas características un equipo de botánicos dirigido por el sueco Pedro Loeffling, discípulo de Linneo, llegado a España a petición de Fernando VI. Nada parecido se había hecho hasta esas fechas en este país. Después de tres siglos volvía a repetirse uno de los motivos que impulsaron los grandes descubrimientos del siglo XV, el hallazgo y explotación de las especies y plantas medicinales, en particular el cacao y la

canela, además de la nuez moscada, la pimienta de Tabasco, el palo de aceite, la corteza de quina y otras muchas.

En una de las consignas secretas que se comunicaron a Iturriaga en 1753, se le señalaba el trabajo que debía realizar el botánico Loeffling: el hallazgo de bosques de canela en aquellos puntos que los cronistas de Indias, desde Fernández de Oviedo, venían indicando, así como el examen de la calidad y características del codiciado producto.

El asunto de la canela, que en nuestros días puede parecer desproporcionado, movía un volumen considerable de dinero y estaba monopolizado prácticamente por los holandeses a través de la canela de Ceilán (*Cinnamomum zeylandicum*). El consumo anual de la misma como condimento y en la elaboración de chocolate y preparación de medicinas (tintura de canela y otros medicamentos), sobrepasaba la cifra de un millón doscientas mil libras anuales para la Península y las colonias americanas, según un trabajo de la Real Sociedad Económica de Madrid publicado en 1780. Romper con este monopolio, explotando y comercializando la canela americana (*Laurus indica*), podía significar un duro golpe al imperio comercial holandés, como proponían Juan de Aranguren y el jesuita padre Gumilla, a pesar de las diferencias de sabor existentes entre ambas canelas.

La expedición de Iturriaga salió de Cádiz el 15 de febrero de 1754 a bordo de dos buques, *La Veneciana* y *La Santa Ana*, esta última propiedad de la Compañía Guipuzcoana de Caracas. Después de cincuenta y cuatro días de navegación tomaban fondo en la ciudad de Cumaná, perteneciente a la actual Venezuela. Iturriaga había dispuesto al planificar la expedición que Loeffling viajase por tierra con su equipo de dibujantes y recolectores, mientras el resto de los expedicionarios lo hacían por vía fluvial. Según Iturriaga “debía aplicar su atención al reconocimiento de las plantas que se ofreciesen en su tránsito, y particularmente, en la orilla de los muchos ríos que se pasan, por lo que en ellas se encuentra digno de examen”.

El primer borrador de la *Flora Cumanensis* y la *Fauna Cumanensis*, obra del naturalista sueco, contiene una gran parte de las observaciones que realizó durante los primeros meses. La muerte de Loeffling el 22 de febrero de 1756, dos años después de su llegada a América, no va a significar el abandono por Iturriaga de la parte botánica de la expedición, dentro del grupo de tareas que se le había encomendado. Dos de sus subordinados, Eugenio Alvarado y José Solano, van a colaborar en esta labor.

Alvarado fue destinado por Iturriaga a la exploración del territorio de la Guayana con la finalidad de informar “de lo conveniente a la Historia Natu-

ral, Mineral y Animal y con particular cuidado de ciertos árboles que se llaman de quina y se crían en el territorio del pueblo de Altagracia". Uno de los resultados de este viaje de Alvarado es su informe sobre la vegetación de la Guayana. Describe muy bien varios tipos de árboles cuyas cortezas tenían propiedades febrífugas, aunque diferían en sus caracteres organolépticos de la quina de Loja. Cita también otras muchas plantas, así como sus aplicaciones medicinales e industriales.

A Solano le encomendó la navegación por el alto Orinoco, al mismo tiempo que exploraba las tierras circundantes en busca de los ansiados bosques de canela, hallados poco más tarde en las orillas de los ríos Paddamu y Ucamu. Uno de los ayudantes de Solano, Apolinar Díaz de la Fuente, halló también el árbol de la *yuvia*, de la familia de las mirtáceas, y una variedad de cacao blanco, dejando varios croquis o dibujos con las zonas y ríos que exploró, en algunos de los cuales aparecen dibujados con todo detalle la presencia de bosques de cacao y *yuvia*.

La figura de Solano está ligada también a los trabajos cartográficos de la expedición. Los mapas realizados por este socio de la Bascongada sobre las comunidades del Orinoco- Amazonas y sus afluentes, así como los datos que aporta, fueron utilizados luego por Humboldt en su *Viaje a las regiones equinociales*. A ello contribuyó, sin duda alguna, el hecho de que los estudios botánicos durante el siglo XVIII van, casi siempre, ligados a las exploraciones geográficas, en particular aquellos que se refieren al continente americano.

## Polinesia

Menos importancia botánica tienen las dos expediciones a la Polinesia del guipuzcoano Domingo de Boenechea, natural de Guetaria. La primera tiene lugar en 1772 y la segunda en 1774. Cronológicamente se sitúan después de la de Iturriaga al Orinoco y preceden a la de Ruiz y Pavón al Perú. Las expediciones de Boenechea no tienen un carácter eminentemente botánico, pero en su contenido no dejan de estar presentes algunos aspectos de la historia natural.

El objetivo del primer viaje era buscar la isla de Tahití y comprobar si los navegantes Cook y Wallis se habían establecido allí. La expedición salió del puerto peruano del Callao el 26 de septiembre de 1772 y regresó al puerto chileno de Valparaíso el 21 de febrero de 1773. Durante estos cinco meses de navegación, además de visitar la isla de Tahití, a la que Boenechea rebautizó con el nombre de Amat, en honor del virrey del Perú, descubrió tres islas del archipiélago de Tuamotu. Lo que más nos interesa, desde el punto de vista

botánico, son las noticias que da sobre la flora de esas islas y su agricultura, a base de palma de coco y diferentes especies de plátanos y piñas. La ausencia de un especialista en botánica obliga a Boenechea a generalizar sus descripciones. Habla también de la existencia de distintos tipos de maderas y de una sustancia tintórea obtenida “de unas frutillas que parecen guindas o cerezas verdes”.

Es igualmente interesante el párrafo siguiente de la descripción de Boenechea: “De especiería solo se ha reconocido el agengibre, pues habiéndoles hecho gustar la canela, clavo y pimienta, lo extrañaron mucho y nos dixeron que nos las producía la isla”. Lo que muestra que la búsqueda de las especies estuvo también presente en este viaje. Al fin y al cabo era una manera de rentabilizar la expedición. A este marino guipuzcoano se debe igualmente una de las primeras noticias que tenemos de la presencia del *árbol del pan* en esas latitudes.

El tema del *árbol del pan* preocupó a muchos botánicos del siglo XVIII. Gómez Ortega, miembro de la Bascongada, lo conocía a través de Banks y Solander cuando estos dos botánicos ingleses acompañaron al capitán Cook en 1768. Posiblemente leyó también la relación del viaje de Bonechea. El interés por esta planta se pensaba que podía contribuir a abaratar la alimentación, hizo que la Sociedad Inglesa para promover las Artes, Manufacturas y Comercio ofreciese en 1778 premio de medalla de oro y cincuenta libras esterlinas a quien condujese al puerto de Londres plantas del *árbol del pan* en estado de prender. En el problema llegó a tomar cartas el propio Almirantazgo, y en 1789 esta Institución envió al Pacífico, al mando del capitán W. Bligh, el buque de la marina real británica *Bounty*, uno de cuyos fines era llevar a Inglaterra ejemplares de este árbol, pero la sublevación de la tripulación, cuyo episodio es conocido de todos por haber sido llevado varias veces al cine, truncó los planes.

Boenechea preparó un pequeño vocabulario tahitiano de algo más de cien palabras con los vocablos más utilizados, en el que aparecen los nombres indígenas de tres de las plantas más comunes en aquella isla,

La segunda expedición de este marino de Guetaria salió del Callao en septiembre de 1774, muriendo en el curso del viaje, en enero de 1775, pocos días después de haber tomado posesión de la isla de Tahití. La tumba de Boenechea permaneció hasta principios de este siglo. Según la escritora Aurora Bertrana, que vivió allí entre 1926 y 1929, un fuerte temporal arrasó la playa y las inmediaciones, algún tiempo antes de llegar ella a Tahití, sin dejar rastro

de la tumba de este guipuzcoano que tanto había hecho por dar a conocer, entre otras cosas, la flora de esos territorios.

## Venezuela

La Compañía Guipuzcoana de Caracas, fundada en la primera mitad del siglo XVIII por un grupo de guipuzcoanos con la finalidad de mantener relaciones comerciales con Caracas y toda su zona de influencia, va a contribuir también al desarrollo de la agricultura en esa región americana, así como a la implantación de nuevos cultivos, en particular aquellas especies vegetales económicamente rentables. Por otro lado, las bodegas de sus navíos traerán al viejo continente, junto con el cacao, tabaco y algodón, otros muchos productos de origen vegetal aplicables a la medicina y a la industria, entre ellos cañafístola, zarzaparrilla, tacamahaca, palo de guayacán, añil, aceite de palo, raíces medicinales, palo de Campeche y demás productos de Indias, dando a conocer en Europa la riqueza botánica de esos territorios.

Un buque de esta Compañía, el *Santa Ana*, lleva a América en 1754 la expedición botánica de Loeffling, y cuando ésta se encuentra en dificultades económicas a poco de llegar a Cumaná, es un hombre de la Compañía, Matías de Urroz, quien facilita los fondos necesarios para que Iturriaga pueda llevar a cabo, sin dilación de tiempo, las tareas botánicas que le habían sido asignadas. Años más tarde, en 1783, el mineralogista Juan José de Elhuyar recibirá también de la Compañía de Caracas, a instancias del ministro de Indias Gálvez, el dinero necesario para sufragar su viaje a América.

El nombre de esta empresa comercial aparece ligado a los planes y actividades del director del Jardín Botánico de Madrid. Gómez Ortega propuso en 1777 el empleo de la pimienta de Tabasco como sustitutivo del clavo o pimienta oriental, cuyo comercio estaba en poder de portugueses y holandeses. El proyecto de Ortega alcanzaba a la misma Farmacopea y al Protomedicato, ya que proponía su empleo en las fórmulas galénicas, siendo la Compañía de Caracas la encargada de almacenarlo y distribuirlo, con detrimento de la pimienta oriental.

Pero es en el plano de los cultivos agrícolas donde más se deja ver la mano de esta Compañía, a través de la comercialización de productos como el cacao, durante muchos años monopolizado casi exclusivamente por Holanda. La Guipuzcoana prestó interés, igualmente, a la explotación de plantas con aplicaciones industriales, suministradoras de materias tintóreas, entre ellas el dividivi, *Cesalpinia coriaria*, planta arbórea, de flores amarillentas, cuyas agallas dan un tinte negro. Muestras de este producto fueron enviadas a la Pe-

nínsula para realizar experiencias en 1764. Otra planta tintórea que promovió fue el añil, *Indigófera tinctoria*, planta perenne cuyos tallos y hojas dan por maceración una materia colorante azul oscura. Los valles de Aragua, en Venezuela, es el lugar donde el vizcaíno Antonio de Arbide y el sacerdote Pablo de Orendain inician en 1768 los primeros cultivos de esta planta que será muy pronto la principal riqueza de toda esa zona venezolana, según pudo comprobar, pocos años después, Alejandro de Humboldt. Vicente Amézaga nos da una lista de cuarenta cultivadores guipuzcoanos de añil que puede servirnos para valorar la participación vasca en el desarrollo de estos cultivos.

El tabaco, el algodón, el café y la caña de azúcar son otros de los cultivos que intentó desarrollar. En el caso del tabaco intervino el químico guipuzcoano Pedro de Berástegui que llegó a Caracas en 1781 y estudió el cultivo de esta planta en tierras de Guanare y Barinas. Uno de los últimos proyectos de la Guipuzcoana fue el fomento del cultivo de la caña de azúcar, cuyos resultados no llegó a ver pues coincide con la paralización de las actividades de la Compañía.

## Perú

Es, sin duda alguna, la expedición botánica del Perú y Chile uno de los mejores ejemplos para valorar la contribución vasca a este tipo de empresas.

La expedición de los botánicos Ruiz, Pavón y Dombey, planificada por Gómez Ortega, sale del puerto de Cádiz en octubre de 1777 y llega al Callao el 8 de abril de 1778, siendo recibida en Lima por el virrey Manuel de Guirior, hijo de Aoiz (Navarra), hombre culto, de talante ilustrado, que había ejercido antes el mismo cargo en el virreinato de Nueva Granada.

Un estudioso del tema, el profesor Arthur Robert Steele, al referirse a la actividad científica en el virreinato del Perú durante el siglo XVIII, la ha calificado de variada y sin haber sido objeto hasta ahora “de la atención que se merece”.

Los integrantes de esta expedición, Hipólito Ruiz y José Pavón, eran dos jóvenes farmacéuticos, el primero de los cuales era además sobrino de Gómez Ortega. El tercero, José Dombey, era un médico francés con probada preparación y experiencia en tareas botánicas. A lo largo de diez años los expedicionarios van a estar en contacto continuo con la administración virreinal, representada por los virreyes Manuel de Guirior, Agustín de Jáuregui y Teodoro Croix, todos ellos miembros de la Bascongada.

Dentro del grupo de botánicos de la expedición, Guirior se relacionó más

con el francés Dombey, a quien encargó algunos trabajos ajenos al tema botánico, entre ellas el análisis de las aguas termales de Chaucín, así como un informe sobre el salitre decubierto en las costas peruanas, con detalles de su calidad y concentración. Esta amistad se pone de manifiesto en la especie *Guirriora rivularis* dedicada por Dombey al virrey, aunque luego no resultase registrada en el *Index Kewensis*. De todas formas el nombre de este socio de la Bascongada quedaba vinculado a la botánica con la especie *Guirriora punctata*, bautizada así por Ruiz y Pavón.

Entre las personas que colaboraron en algún grado con los integrantes de la expedición botánica del Perú están Pedro Echevers Zubiza, miembro de la Audiencia de Lima, que había llevado semillas y plantas europeas a la capital peruana, cultivándolas y aclimatándolas en su jardín privado; Joaquín Galdeano, compañero de herborizaciones de Hipólito Ruiz cuando éste realizaba trabajos de campo en la zona montañosa de Sayón; y el padre Francisco González Laguna, socio de la Bascongada y director del huerto terapéutico que su orden poseía en Lima, donde cultivaba y estudiaba plantas de interés medicinal. Su nombre ha quedado vinculado a la botánica por el género *Gonzalagunia* que le dedicaron Ruiz y Pavón. Parte de la obra científica de González Laguna apareció en las páginas del *Mercurio Peruano*, donde nos cuenta su temprana dedicación al cultivo de plantas medicinales y las experiencias realizadas con ellas en el Hospital de San Andrés de la capital del virreinato.

Cosme Bueno es otra figura relevante de la medicina peruana en los años de la expedición botánica. Había nacido en Belver (Aragón) en 1711 y llegó a Lima en 1730, doctorándose en la Universidad de San Marcos veinte años después, en 1750. Como tantos otros miembros de la sociedad limeña de ese momento, pertenecía también a la Bascongada. Uno de sus discípulos, admirador de su obra, al hablar de él le llama el “Hipócrates peruano”. Lo cierto es que todos están de acuerdo en atribuirle una calidad intelectual poco común.

El interés de Bueno por la botánica tenía una orientación fundamentalmente médica y en este sentido Ruiz le envió, en más de una ocasión, plantas para que valorase las propiedades terapéuticas. Las relaciones de los botánicos españoles con él quedarían confirmadas por el género *Cosmibuena*, dedicado por éstos a este socio de la Bascongada. Bueno tuvo también la misión de examinar las muestras de corteza de quina destinadas a ser enviadas a la metrópoli, elaborando informes sobre la calidad de las quininas que acompañaban, luego, a la muestra correspondiente, enviándose todo ello al equipo de expertos de la Real Botánica para su posterior confirmación.

Otro médico interesado por la botánica es Hipólito Unanue, nacido en Arica en 1759, pero con antecedentes guipuzcoanos. Su padre, Antonio Unanue, era un marino de Motrico que se dedicaba al comercio de cabotaje en la costa del Pacífico.

En colaboración con José María Egaña y José de Baquijano, ambos de origen vasco, Unanue crea la Sociedad Económica de Amantes del País y edita el *Mercurio Peruano*, periódico publicado entre 1790 y 1794, del que fue director. A su pluma se deben la mayor parte de los trabajos botánicos que aparecieron en él, además de otros sobre ciencias naturales y medicina. Pocos meses antes de desaparecer el periódico, en 1794, publica en sus páginas un magnífico ensayo botánico sobre la *Eritroxylon coca* y los medios técnicos para llegar a construir un jardín botánico.

Unanue conocía la obra de Linneo y era un decidido partidario del sistema de clasificación sexual de este botánico. Su doctrina, dice Unanue, “fue seguramente una de las más eficaces y fructuosas. En ella se revelaron muchas de aquellas relaciones que podían favorecer el adelantamiento del método de la Naturaleza”. Sentía, también, profunda admiración por la obra de Ruiz y Pavón, llegando a llamar “Año de la botánica en el Perú” a la fecha de la llegada de estos naturalistas. Según él, Hipólito Ruiz era “el Linneo del Perú”. Como sucede siempre, la admiración no suele ser única, sino mutua, y Ruiz y Pavón mencionan a Unanue en su estudio de las quinas peruanas, dando su nombre al género de plantas *Unanuea*. La *Unanuea febrífuga* había sido descubierta por el botánico navarro Juan José Tafalla y enviada posteriormente a Ruiz para su clasificación taxonómica. Actualmente el género *Unanuea* corresponde al género *Stemodia* de Linneo. A pesar de la distancia geográfica que separaba a ambos, Unanue mantuvo relaciones con Hipólito Ruiz cuando este botánico se encontraba en la Península, enviándole plantas desde Lima.

Entre los trabajos botánicos de Unanue está su “Introducción a la descripción científica de las plantas del Perú”. El historiador Herrera, al valorar el desarrollo de los estudios botánicos en el Perú, considera a Ruiz y Pavón los iniciadores de los mismos, en tanto que a Unanue le asigna el papel de divulgador. En más de una ocasión este médico protestó de la situación en la que se encontraban los estudios de ciencias naturales en el país. Estaba convencido de que la botánica, la química y la mineralogía eran necesarias en la formación del futuro médico.

La personalidad científica de Unanue en la Lima de finales del siglo XVIII es un hecho incuestionable. Viajeros de esa época que visitaron el vi-

reinato, como los naturalistas Humboldt, Bonpland, Haencke, Nortehenflich y Caldas, reconocían su autoridad y se relacionaron con él. El barón de Humboldt dice que Unanue fue el primero en realizar la vacunación contra la viruela en el Perú, en 1802, precisamente el mismo año de la visita a Lima de este naturalista alemán y su compañero Bompland.

Desde el punto de vista médico su obra más representativa es *El Clima de Lima*, que ha tenido cinco ediciones desde su publicación en 1806, por primera vez. El trabajo está dividido en varias secciones. En la segunda parte hace unas descripciones sencillas de la flora del litoral y de la parte montañosa de la región de Lima, con consideraciones sobre la influencia del clima en la vegetación, que hoy podrían ser encuadradas muy bien en el concepto de climato-botánica. El interés por la antropología, tan propio de los naturalistas de ese período, le llevó a Unanue a hacer incursiones en el campo de la paleontología y la raciología, con descripciones sobre la variedad de razas existentes entre la población de Lima y las diferencias somáticas y psicológicas que las caracterizan.

Sin embargo las dos figuras más relevantes de la participación vasca en el estudio de la flora peruana son, sin duda alguna, don Baltasar Jaime Martínez de Compañón y Bujanda y don Juan José Tafalla Nabasques, el primero de los cuales era miembro de la Bascongada.

Dentro del grupo de navarros que durante el siglo XVIII van a tener una participación muy importante en la vida americana destaca de forma singular la figura del obispo de Trujillo don Baltasar Jaime. Frente al resto de sus paisanos, todos ellos figuras más o menos relevantes en el mundo económico y financiero de ese período, Martínez Compañón lo mismo que Juan José Tafalla, se salen del patrón habitual del navarro triunfador en las grandes empresas comerciales del XVIII, dedicándose ambos a tareas nada productivas económicamente, pero que van a dejar una huella permanente en algunos aspectos de la cultura y de la ciencia del país en que trabajan, más duradera que las arriesgadas especulaciones financieras de los asentistas y grandes negociantes navarros de ese momento histórico.

La obra de Martínez de Compañón, original por su hechura, no resulta un género de fácil catalogación y ha permanecido prácticamente desconocida hasta ahora para el gran público. Quizá sean las palabras del peruano Porras Barrenechea las más adecuadas al llamarla "sabrosa historia cromática de la vida de Trujillo en el siglo XVIII", pues lo que predomina en ella es la variedad y riqueza de imágenes del mundo natural y de la sociedad que en él se

desenvuelve, dentro de un espacio geográfico extenso, pero muy concreto a la vez, la diócesis de Trujillo al norte del Perú.

Sus más de mil cuatrocientos dibujos y acuarelas, contenidos en los nueve tomos de la obra, son un ejemplo elocuente del poder de la imagen como vehículo de transmisión de conocimientos científicos en relación con las ciencias naturales y la medicina, aun en ausencia de texto escrito como ocurre en el caso que comentamos, aunque este problema se suple con las “Descripciones geográficas de los partidos de Trujillo, Saña, Lambayeque y Cajamarca”, publicadas en el *Mercurio Peruano*, entre los años 1793 y 1794, por su sobrino, el vizcaíno José Ignacio Lecuanda y Escarzaga, contador de la aduana de Lima.

Don Baltasar Jaime, al igual que su madre María Martínez de Bujanda, había nacido en Cabredo (Navarra) en 1738, según Arbeiza, aunque Domínguez Bordona da la fecha de 1735. Su padre, Mateo Martínez de Compañón era natural de Angostina, pequeño pueblo de Alava. La familia Martínez Compañón tenía raíces antiguas en esa tierra, concretamente en el pueblo de Bernedo, donde aún se conserva el apellido Compañón.

Los primeros estudios los realizó en el convento de la Merced de Calatayud, pasando luego a la Universidad de Huesca y más tarde a la de Oñate, en donde alcanzó una beca de jurista en su colegio de Santi Espíritus y después el cargo de rector. En 1761 es ordenado sacerdote y poco después obtiene la plaza de canónigo rectoral en Santo Domingo de la Calzada. En 1767 es presentado por Carlos III para la dignidad de chantre de la catedral de Lima, tomando posesión de este puesto en julio del año siguiente. Durante unos años se le ve en distintos puestos dentro de la jerarquía eclesiástica de la capital del virreinato del Perú. Como ocurre con otros muchos vascos que pertenecían a la administración virreinal, Martínez Compañón era miembro de la Bascongada y aparece en sus listas de socios desde 1777.

A la muerte de don Cayetano Marcellano Agramunt, es nombrado obispo de Trujillo, diócesis que rige durante nueve años, hasta 1788 en que es designado arzobispo de Sante Fe de Bogotá, en el virreinato de Nueva Granada, aunque no tomó posesión del puesto hasta el 12 de marzo de 1791.

La visita del obispo Compañón a su diócesis de Trujillo comienza el 20 de junio de 1782 y termina, tres años después, el 8 de marzo de 1785. Son casi tres años de viaje o expedición naturalista en todo el sentido de la palabra, intentando conocer la riqueza cultural y científica de su diócesis que abarcaba siete departamentos del actual Perú: Amazonas, Cajamarca, Lambayeque, Libertad, Loreto, Piura y San Martín, en total 682.500 kilómetros cuadrados de

un territorio en su mayor parte inexplorado, dada su difícil orografía y extensión.

Gran parte de la obra está consagrada a la historia natural de esas regiones, deteniéndose con particular atención en aspectos muy concretos de la botánica —hierbas medicinales, plantas industriales y árboles maderables— y de la fauna con la representación de peces, aves, reptiles y cuadrúpedos.

Los volúmenes III, IV y V están dedicados a la flora. Aparte de esta especie de atlas botánico que constituyen dichos volúmenes, Martínez de Compañón tuvo que tener datos y referencias de primera mano sobre diversos aspectos de la botánica médica, obtenidos a partir de los cuestionarios que remitió a los párrocos de la diócesis, destinados a la proyectada historia natural de este obispado. El 2 de abril de 1782, antes de emprender la ya famosa visita, envió a las parroquias uno de estos cuestionarios con dieciocho preguntas, en las que indagaba “cuáles eran las enfermedades más comunes y sus causas, y las medicinas ordinarias de su curación, y la edad a que regularmente llegan sus moradores”. También se interesaba por la calidad de los frutos cosechados, la posible existencia de hierbas medicinales y las propiedades atribuidas a cada una de ellas, además del modo de usar y de aplicarlas.

Compañón llegó a realizar estudios sobre el valor de las tierras de la región de Chillao que presentó al virrey Teodoro Croix, exponiéndole su conveniencia para el cultivo del algodón, cacao y café. Cuando más tarde pasó al arzobispado de Bogotá, se relacionó con el naturalista Mutis y con otros miembros de la expedición botánica de Nueva Granada.

Dentro de la historia natural, el otro apartado interesante de la obra del obispo don Baltasar Jaime es el dedicado a la fauna en los volúmenes VI, VII y VIII.

Al margen del interés botánico que despierta hoy la obra de este obispo, en sus volúmenes hay muchos datos para el estudio de la vida y de la sociedad en el virreinato del Perú durante el siglo XVIII. El volumen II en particular, con sus doscientos cuatro dibujos, constituye un verdadero muestrario donde se exponen las distintas actividades de la vida rural y sus técnicas artesanales de hilado, fabricación de quesos, elaboración de tejidos, utilización de tintes, cardado y lavado de lanas, que en conjunto nos permiten valorar el estado de aquella sociedad. Hay muchas escenas de caza y pesca, con sus diversas artes, pequeñas industrias de herrería, métodos de obtención de azogue y breas y otras muchas actividades humanas que enriquecen esa valoración.

Encierran singular valor para el estudio de la antropología cultural el

conjunto de dibujos referidos a los juegos y las danzas. Si como se ha dicho muchas veces, una imagen vale por mil palabras, la plasticidad con que están representados algunos de estos juegos es más elocuente que la mejor de las descripciones. Las pinturas del juego de gallos y del juego de pelota con ganchos difícilmente pueden superarse y son de un interés inestimable cuando se trata de reconstruir algunas formas de vida y de comportamiento social del siglo XVIII. Otro tanto puede decirse de las imágenes relativas a las danzas, divididas en dos grupos, unas de clara influencia europea y otras con profundas raíces indígenas. También resultan ilustrativas, desde el punto de vista de la antropología física y social, las estadísticas de Martínez Compañón sobre los pueblos de su diócesis, cuantificando la mayor o menor presencia de determinadas castas y razas, obtenidas a partir de sus cuestionarios.

En diciembre de 1788, coincidiendo con su nombramiento para el arzobispado de Santa Fe, Compañón envió al Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, una remesa de diversos objetos y materiales relacionados con la historia natural, el arte y la arqueología de Trujillo, suficientes para llenar por sí solos la sección de un museo. Entre estos materiales figuran colecciones de diversos tipos de maderas, conchas de mar, insectos, cuadrúpedos y aves. En otro apartado encontramos aceites vegetales y resinas de aplicación medicinal, y una lista de más de doscientas hierbas medicinales con sus hojas y flores prensadas, todo ello acompañado de las indicaciones terapéuticas más usuales. En la remesa figuran, además, ropas y telas de Trujillo, instrumentos de agricultura y un gran número de piezas de artesanía en metal y barro, algunas de ellas recogidas en las sepulturas indígenas o huacas.

El conjunto de dibujos a pluma y a la acuarela alcanzan el número de mil cuatrocientos once y, junto con los cuadros estadísticos y retratos, tocan temas tan diversos como la minería, los deportes, la música, la educación, la geografía y la arqueología indígena, esta última muy bien representada en el tomo IX. Todo ello hacen de este obispo navarro de la Bascongada un modelo acabado de hombre ilustrado, cuyas aportaciones a campos tan diversos de las ciencias nos permiten reconstruir hoy una parcela de la vida cotidiana en el colorido ambiente virreinal del siglo XVIII. El género *Martinezia* que le dedicaron los botánicos Ruiz y Pavón, y que comprende varias especies de palmeras propias de la América tropical, nos recuerda su contribución a la botánica.

Juan José Tafalla Nabasques, la otra gran figura de la investigación botánica en la América andina, era navarro y había pasado al Perú formando parte de regimiento de infantería "Soria", acantonado en Lima. Antes de salir para América en 1774, estuvo algún tiempo ejerciendo la profesión de farmacéuti-

co en Navarra. Según datos que he de agradecer al profesor ecuatoriano Eduardo Estrella, Tafalla había nacido en Corella el 2 de agosto de 1755 y vivió en este pueblo de la Ribera de Navarra hasta los veinte años, en el seno de una familia de boticarios, con vinculaciones familiares en Tudela, donde se hallan las partidas de defunción de sus padres.

Ahora que acabamos de celebrar el segundo centenario de la Ilustración se hace necesario traer aquí el recuerdo y la personalidad de este botánico que ha permanecido en el anonimato injustamente, siendo uno de los mayores investigadores de la flora andina, apenas citado por Ruiz y Pavón, que, sin embargo, se apropiaron largamente de sus trabajos. A Tafalla se debe el primer estudio científico sobre la botánica de la región de Guayaquil, así como la creación del Jardín Botánico de Lima y la cátedra de botánica de la Universidad de San Marcos de la capital peruana. A pesar de ello, ninguno de estos dos países ha honrado como se merece su enigmática figura.

La incorporación de Tafalla al grupo de Ruiz y Pavón tiene lugar en 1785, cuando estos expedicionarios se encontraban estudiando la flora de Huánuco. Esta región ya la habían visitado cinco años antes, en 1780, con objeto de estudiar sus bosques de quina. Existía allí una explotación de corteza de quina dirigida por José Antonio de Lavalle, socio de la Bascongada, al que se debía la recolección y comercialización de este producto en esa región. La familia de Lavalle procedía de San Julián de Musques (Vizcaya), en las Encartaciones.

Tras la salida hacia la Península, en abril de 1786, de los botánicos Ruiz y Pavón y el dibujante Isidro Gálvez, Tafalla quedaba encargado de proseguir en la tarea de recogida de materiales para continuar el estudio de la flora peruana. Durante los años siguientes la misión de Tafalla, aparte de recolectar nuevas especies, será la de enviar éstas y sus dibujos al Jardín Botánico y a la Oficina Botánica, sede de los trabajos de publicación de la *Flora Peruviana et Chilensis*, es decir, a Gómez de Ortega y a Hipólito Ruiz. También recoge otros materiales que remite al Real Gabinete de Historia Natural.

Estas idas y venidas de Tafalla por tierras peruanas permitieron a Ruiz publicar el *Suplemento a la Quinología*, incorporando a las siete especies de *Chinchona* ya descritas por Hipólito Ruiz, otras cinco más, cuatro de ellas recogidas por este botánico navarro, haciendo así un total de doce.

De todos los viajes botánicos emprendidos por Tafalla, es el que hizo a la región de Quito el más importante porque se aparta un poco de lo que realizaron sus predecesores Ruiz y Pavón. Los trabajos de Tafalla en la Audiencia de Quito duran nueve años, desde 1799 a 1808, aunque la estancia en esos lu-

gares no es continua. Junto con él viajan el dibujante peruano Rivera y el botánico español Juan Manzanilla. Más tarde se incorpora el pintor quiteño Xavier Cortés, pertenecientes al grupo de pintores de Quito, formado junto a Mutis. Si bien la tarea de Tafalla es traer información sobre los bosques maderables y la riqueza forestal de la región de Guayaquil, el motivo principal era ampliar el conocimiento de las quininas, en particular la de Loja. Según Steele, la expedición había encontrado entre 1804 y 1805, treinta y ocho especies nuevas de Chinchona, superando así las doce descritas en el *Suplemento a la Quinología* por Ruiz.

Es ésta una de las principales aportaciones de Tafalla al conocimiento farmacológico de las quininas y de sus distintas especies, de gran interés terapéutico en la medicina de su época. Durante estos trabajos Tafalla se relacionó con otros botánicos. En uno de sus viajes del Callao a Guayaquil, 1802, lo hace en el barco que llevaba a la región de Quito a los naturalistas Humboldt y Bonpland, en compañía de los cuales herborizó las orillas del río Guayas.

Entre tanto estaba pendiente la creación de un jardín botánico en Lima. Primero en 1787 y luego en 1790, el Gobierno aprobó la creación de un jardín. El virrey Teodoro Croix hizo algunas gestiones. Antes, un grupo de limeños cultivadores de la botánica, entre ellos el Rector del Colegio de San Carlos de Lima, Toribio Rodríguez de Mendoza, socio igualmente de la Bascongada, había mostrado interés por la creación de una institución de este tipo. En 1794, el socio de la Bascongada Francisco González Laguna publicó un trabajo en el *Mercurio Peruano* defendiendo la creación de un jardín botánico dirigido hacia el intercambio de plantas con otros países. El tiempo pasaba y el proyecto quedó aparcado durante varios años. En 1808, cuando Tafalla acababa de volver de la expedición de Quito, y aprovechando una partida económica excedente de la construcción del Colegio de Medicina y Cirugía de San Fernando, se encargó de nuevo a este farmacéutico navarro la tarea de llevar a cabo la creación de un jardín, de gran interés para la enseñanza de la botánica a los alumnos del nuevo Colegio de Medicina.

Paralelamente a las gestiones del jardín, van otras encaminadas a la creación de una cátedra de botánica, ya que no se explicaba lo uno sin lo otro. Después de una serie de vicisitudes, en el verano de 1797, fue nombrado Tafalla catedrático de botánica “en recompensa a los eminentes servicios prestados por éste a la Comisión de Ruiz y Pavón, en sus largas peregrinaciones por el territorio nacional”. Con todo, el nuevo cargo no debió ocuparle mucho tiempo, pues se sentía más atraído por los trabajos de campo y las herborizaciones que por la docencia en los estrechos límites de un aula. Si contamos el tiempo que estuvo en la región de Quito, nueve años, y su breve expedición a

Chile en 1808, debió de ser poco el tiempo que pasó en las aulas, quedándose aún con ganas de realizar un viaje a las islas Galápagos, como así había planeado, revelándonos en este hecho su fina sensibilidad de naturalista, al intuir el singular valor ecológico de este olvidado archipiélago del Pacífico, que sería visitado y estudiado, veinticinco años más tarde, por Darwin durante su conocido viaje a bordo del *Beagle*.

La figura de Tafalla ha sido oscurecida por la de los botánicos para quienes trabajó, Casimiro Gómez Ortega e Hipólito Ruiz, a quienes enviaba las plantas recolectadas. A él se debe el descubrimiento de un buen número de especies nuevas en los casi treinta años que consagró al estudio de la botánica del virreinato del Perú. En la *Florae Peruvianae et Chilensis*, en el *Suplemento a la Quinología* y en el *Pródromus* hay muchas aportaciones de Tafalla. La *Flora Huayaquilensis*, obra de Tafalla y fruto de su expedición a Guayaquil y otros puntos de la geografía de la actual República del Ecuador, consta de trescientas láminas en color y seiscientas descripciones de plantas, además de los esqueletos de éstas, todo ello enviado a Madrid por este andariego farmacéutico navarro.

Su error estuvo en no publicar el resultado de estos trabajos. El historiador Herrera cree que la presión ejercida por Gómez Ortega y Ruiz, celosos ambos de que nadie se adelantase a sus publicaciones, fue el obstáculo que se opuso a esta tarea. Padeció en este sentido la misma situación que Dombey, sólo que este botánico francés ha tenido la suerte de contar para su rehabilitación con un gran biógrafo y una buena documentación, manejada con singular acierto por el profesor Hamy.

A instancias de Unanue, Tafalla pensó colaborar en el *Mercurio Peruano*. La Sociedad Económica de Amantes del País le invitó también a ello, conocedora de que poseía la descripción y clasificación de un buen número de especies botánicas, resultado de sus trabajos de campo por gran parte del territorio peruano. Lo único que apareció en esa publicación es una breve descripción de la planta coca, acompañada de un dibujo de la misma debido a la pluma de Francisco Pulgar, que fue utilizado por Unanue en su artículo "Disertación sobre el aspecto, cultivo y virtudes de la famosa planta llamada Coca", publicado en 1794.

El historiador peruano Manuel de Mendiburu, en la relación que da de los fondos de la biblioteca del Colegio de Medicina y Cirugía de San Fernando, cuya cátedra de botánica desempeñó Tafalla, habla de un herbario y cincuenta muestras de cascarilla recolectadas por este botánico, además de un manuscrito con cinco mil descripciones de plantas peruanas y setecientos di-

bujos, posiblemente resultado de los largos años de trabajos de campo de Juan Tafalla.

Un ejemplo de lo que acabamos de exponer es el siguiente hecho. Durante sus herborizaciones por los alrededores de Quito, Tafalla descubrió dos nuevas plantas. Ambas fueron enviadas, como tantas otras veces, a la Oficina de Botánica de Madrid, creando Ruiz y Pavón los géneros *Cavanillesia* y *Unanuea*, en honor de José Cavanilles e Hipólito Unanue, en 1803. El trabajo de Tafalla servía, pues, para honrar a otros, más que a su descubridor.

Como compensación a tanta labor, Ruiz y Pavón se limitaron a dar su nombre al género *Tafalla*. Aquí tampoco tuvo mucha suerte este naturalista, puesto que resultó ser una sinonimia del género *Hedyosmum*. Actualmente lleva el nombre Tafalla un género nuevo de plantas arbustáceas, pertenecientes a la familia de las compuestas, que comprende diez especies propias de la región andina comprendida entre Bolivia y Colombia. También hay otras especies que llevan su nombre, entre ellas *Mikania Tafallana*, *Ornithidium Tafalla* y *Solanum Tafalla*, obsequio de diversos botánicos.

En resumen, se puede afirmar que Tafalla, con la sola colaboración de los dibujantes Francisco Pulgar y José Rivera y el botánico Juan Manzanilla, había casi duplicado, merced a un esfuerzo continuado durante muchos años, la colección de plantas que llevaron Ruiz y Pavón a la Península, cuando estos dos botánicos abandonaron el Perú en 1788.

## Colombia

En relación con la expedición botánica del reino de Nueva Granada (1783-1808), creada y dirigida por Mutis, es necesario recordar la labor de los virreyes navarros Manuel de Guirior, José de Ezpeleta y Pedro de Mendinueta, el primero y el último de los cuales eran miembros de la Bacongada. Los territorios estudiados por esta expedición corresponden a la actual Colombia y parte de la República del Ecuador.

El mandato de Guirior al frente de este virreinato se extiende de 1773 a 1776, año en el que pasa a Lima. Durante todo este tiempo intentará promover diversos aspectos de la agricultura, introduciendo nuevos cultivos, como el del añil. También se interesó por cambiar algunas de las estructuras económicas y sociales que frenaban el desarrollo agrícola. Para fomentar ello autorizó a los labradores del distrito venezolano de Barinas a practicar el libre comercio de sus productos con la vecina provincia de Guyanas, rompiendo el monopolio de precios ejercido por la Compañía Guipuzcoana de Caracas, y

estimulando así los cultivos que habían comenzado a declinar en esa región, ante la caída del precio de los mismos.

En 1789 es nombrado virrey José de Ezpeleta y Galdeano. Ezpeleta acertó en sus gestiones para potenciar la expedición botánica de Mutis, aumentando la plantilla del personal de la misma y facilitando medios económicos. En la finca que puso a disposición de la expedición se crearon museo, gabinete de estudios, biblioteca, talleres de dibujo y un pequeño jardín botánico. Los informes de Ezpeleta al Consejo de Indias fueron decisivos a la hora de movilizar los fondos necesarios para tal empresa.

Las relaciones entre Ezpeleta y Mutis se centraron en aspectos muy concretos de la botánica, en particular el problema de las quinas neogranadinas, defendidas por Mutis y faltas de aceptación en la Península, al ser preferidas las de Loja y Callisaya. Ezpeleta intentó fomentar el libre comercio de las quinas sin conseguirlo. El interés de este virrey navarro por los estudios botánicos y el apoyo que prestó en todo momento a la expedición, le fueron recompensados por Mutis con el género de plantas *Ezpeletia* que dedicó a su memoria.

A Ezpeleta le sustituye en 1797 Pedro de Mendinueta y Múzquiz, también navarro y socio de la Bascongada. Este virrey supo valorar la riqueza que la explotación de los bosques de quina podía significar a las gentes del virreinato, para lo cual era necesario instruir a las personas interesadas en este tipo de actividades —propietarios de montes y jornaleros— en las técnicas de beneficiar y cortar la corteza de quina y en el método de desecar y empaquetarla, todo lo cual influiría, más tarde, en el precio alcanzado por este producto en los mercados. Era partidario de un régimen de mercado libre, sin intervención estatal, y consiguió que fuese aceptada por la Botica Real una partida de quina de Nueva Granada para realizar experiencias con ella, venciendo la resistencia de esta Institución, que hasta entonces sólo se abastecía de las quinas de Loja, en la Audiencia de Quito.

Mendinueta mantuvo correspondencia epistolar con Humboldt durante el tiempo que estuvo en América, facilitándole cartas de recomendación para Lima y Quito cuando este naturalista alemán se dirigió hacia el Perú.

## México

La expedición botánica de Nueva España (1787-1803), dirigida por Martín Sessé e integrada por Vicente Cervantes, José Mociño y otros naturalistas, es la más extensa en cuanto al territorio estudiado ya que comprende desde

Nicaragua hasta la Columbia británica, en la costa del Pacífico perteneciente al actual Canadá. Durante el curso de los trabajos de esta expedición, de los siete virreyes que estuvieron al frente de este virreinato, dos de ellos, Juan Vicente de Güemes Pacheco, conde de Revillagigedo, y Miguel José de Azanza, pertenecían a la Bascongada. El tercero, José de Iturrigaray, era de origen navarro. Sin embargo, al lado de estos altos funcionarios de la administración aparecen un grupo de personas, entre ellos botánicos y dibujantes, que de algún modo van a estar relacionados con el País Vasco, desempeñando tareas, unas veces accesorias y otras importantes, en la culminación de los objetivos propuestos por la expedición.

El sacerdote José Antonio de Alzate, el médico Juan Ignacio Bartolache y el padre Juan Agustín Morfi, todos ellos miembros de la Bascongada, intentaron localizar materiales relacionados con la obra botánica y médica de Hernández en diversos archivos y conventos de México. Alzate cultivó las ciencias naturales sin ceñirse a una rama determinada ya que su obra abarca temas de botánica, mineralogía y zoología, además de astronomía y matemáticas. Pertenecía a la Academia de Ciencias de París y Gómez Ortega le nombró en 1785 corresponsal en México del Jardín Botánico de Madrid. En reconocimiento a su prestigio científico los naturalistas Ruiz y Pavón le dedicaron un género botánico que lleva su apellido, el género *Alzatea*.

La llegada de esta expedición botánica a la ciudad de México contribuyó a crear un ambiente propicio hacia los estudios de las ciencias naturales. En una relación que daba la *Gazeta de México* del 24 de agosto de 1790, comentando la inauguración de un gabinete de historia natural en la capital mexicana, hay una lista de once personalidades de la vida social e intelectual de esa ciudad, todas ellas poseedoras de colecciones más o menos ricas de objetos relacionados con la botánica, la mineralogía y la zoología. Dentro de este grupo de personas encontramos seis miembros de la Bascongada, entre ellos Fausto Elhuyar, José Antonio de Alzate y Francisco Xavier Sarría.

Por otro lado, las primeras clases de botánica que imparte en México Vicente Cervantes lo hace en un jardín botánico provisional, en terrenos cedidos por otro miembro de la Bascongada, el arquitecto Juan Ignacio Castera.

El 17 de octubre de 1789 Juan Vicente de Güemes Pacheco, conde de Revillagigedo, tomaba posesión del cargo de virrey. A él se deben un buen número de decisiones que fueron esenciales para los estudios botánicos de ese virreinato, entre ellas la oferta del jardín adyacente al Palacio Real como futuro jardín botánico, funcionando como tal desde 1792 a 1820, en que dejó de existir. En varias ocasiones Revillagigedo actuó de intermediario entre los bo-

tánicos desplazados al interior del país y los médicos de los hospitales de México. El naturalista Sessé envió en 1793 semillas de quasia amarga a este miembro de la Bascongada para que dispusiese la realización de experiencias en los hospitales de la capital del virreinato. El virrey movilizó también fondos para agilizar los viajes de herborización, y coincidiendo con su gestión se hicieron la mayor parte de las remesas de plantas, dibujos y otros materiales de historia natural al Jardín Botánico de Madrid.

En el conjunto de trabajos llevados a cabo por esta expedición hay que resaltar la labor realizada por uno de sus miembros, el dibujante criollo de origen vasco Atanasio Echeverría, pintor de temas botánicos, al que se deben una buena parte de las láminas de la *Flora Mexicana*. El botánico suizo Alfonso De Candolle, gran admirador de su obra, dio el nombre de *Echeverría* a un género de plantas americanas. Tanto Mariano Lagasca, director del Jardín Botánico de Madrid, como el naturalista Alejandro de Humboldt, no regatean palabras al enjuiciar la obra científica de Atanasio Echeverría.

## Malaspina

También en la expedición de Malaspina (1789-1794) encontramos la aportación de hombres relacionados con la Bascongada. El gran valedor de la expedición, el bailío Antonio Valdés y Bazán, pertenecía a esta Institución, así como el conde de Fernán Núñez, socio desde 1777, que contribuyó a los preparativos del viaje, enviando desde Francia, donde era embajador, instrumentos científicos, libros y otros materiales que serían de gran utilidad a Malaspina.

El plan de viaje, en su vertiente científica, contó con el asesoramiento de un conjunto de instituciones y de hombres de ciencia europeos consultados por este ilustre marino, entre ellos el astrónomo francés J.J.F. Lalande, el botánico Gómez Ortega, el marino Antonio de Ulloa y el cartógrafo Vicente Tofiño, todos ellos pertenecientes a la Bascongada. Formando parte de la tripulación de la corbeta *Atrevida* encontramos los oficiales Juan Inciarte y Martín de Olavide.

Luego, cuando los expedicionarios tocan diferentes puertos de la costa americana y asiática, es frecuente verles relacionarse con personal vasco de la administración virreinal y con miembros de la Bascongada que les prestan todo su apoyo y colaboración. Así, en Chile son atendidos por Miguel Lastarria; en Lima por Juan José Tafalla y Francisco González Laguna; en Guayaquil por José de Aguirre y José de Elizalde; en México por Alzate y Revillagigedo, entre otros.

Después de haber expuesto algunos aspectos de la participación vasca en el conocimiento de la flora americana —tema que sobrepasa los límites de una lección— no resulta nada extraño sentir una mezcla de profunda simpatía, admiración y respeto hacia todos estos hombres que dedicaron lo mejor de su tiempo y de su esfuerzo a constatar algo tan fugaz, tan breve y tan expuesto a la agresión como es el entorno vegetal que hace posible la vida del planeta que habitamos.

## BIBLIOGRAFIA

RAMOS PEREZ, D.: *El tratado de límites de 1750 y la expedición de Iturriaga al Orinoco*, Madrid, 1946.

AMEZAGA, V.: *Hombres de la Compañía Guipuzcoana*; Caracas, 1963.

STEELE, A.R.: *Flores para el Rey*; Madrid, 1982.

PUERTO SARMIENTO, F.J.: *La ilusión quebrada*; Madrid, 1988.

HUSSEY, R.D.: *La Compañía de Caracas*; Caracas, 1962.

MALASPINA, A.: *Diario de Viage*; Madrid, 1984.

CARO BAROJA, J.: *La hora navarra del siglo XVIII*; Pamplona, 1969.

BARRAS Y DE ARAGON, F. de las: “España en la polinesia oriental (1770-1775)”; *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, tomo LXXXII.

LOZOYA, X.: *Plantas y luces de México*; Madrid, 1984.

ARIAS DIVITO, J.C.: *Las expediciones científicas españolas durante el siglo XVIII*; Madrid, 1968.

GREDILLA, A. Federico: *Biografía de J.C. Mutis*; Madrid, 1911.

ARBEIZA, T.: *Martínez Compañón, Obispo de Trujillo*; Pamplona, 1976.

ESTRELLA, E.: “Expediciones botánicas”, en *Carlos III y la Ciencia de la Ilustración*; Madrid, 1988.



## **PALABRAS DE RECEPCION**

**pronunciadas por**

**JOSE IGNACIO TELLECHEA IDIGORAS**

No creo andar descaminado al sospechar —y me atrevo a manifestar mi sospecha— que la inmensa mayoría de los que hemos escuchado la magnífica Lección de Ingreso en la R.S.B.A.P. del Dr. D. Angel Goikoetxea Marcaida, nos encontramos en este momento dominados por un sentimiento de sorpresa, ante lo nuevo e inesperado. Nuestro viejo cliché estereotipado sobre la Real Sociedad Bascongada, nos queda estrecho y pobre: reducido a demasiados pocos nombres (Peñaflorida, Narros, Alava), a ámbitos muy delimitados (Física, Química, Mineralogía), a profesores reiteradamente citados (Elhuyar, Chabanneaux, Proust), a diletantismos operísticos y musicales, al Seminario de Vergara...

El Dr. Goikoetxea Marcaida ha tenido la habilidad de arrancarnos del pequeño entorno, de embarcarnos en galeones y de hacernos atravesar el Atlántico, y de incorporararnos a expediciones científicas, algunas de ellas muy notables, donde la ciencia botánica de la época era la protagonista, impulsora y animadora de tales expediciones. Mas, alejados y todo de nuestra tierra nativa, nos hemos encontrado mezclados, en el relato de tales expediciones, con frecuentes apellidos vascos, como el del capitán azpeitiano de navío D. José de Iturriaga, primer comisario de la expedición al Orinoco; como el del guetariano Domingo de Bengoechea, protagonista de la expedición a Tahití. Apellidos vascos o instituciones vascas como la Real Compañía de Caracas, que a través de Matías de Urroz ayudará a la expedición de Iturriaga y del botánico Loeffling, o más tarde al mineralogista Juan José de Elhuyar, y antes promocionó la planta de añil por medio del vizcaíno Antonio de Arbide y del sacerdote guipuzcoano Pablo de Orendain.

No sólo son vascos, sino —espero que no se haya escapado esta faceta—, muchos de los nombres que ha enumerado en su lección, son socios de la Real Sociedad Bascongada, con apellido vasco o extranjero. Así, v.gr. en la más célebre de todas las expediciones científicas y cuyo centenario se acaba de conmemorar dignamente, la de Alejandro Malaspina (1789-1794), resulta que incluye en su nómina al astrónomo francés Lalande, al marino Antonio de Ulloa, al botánico Gómez Ortega, al cartógrafo Vicente Tofiño, cuatro figuras, y las cuatro, socios de la Bascongada. Cuando esta expedición pase de Perú a México, no sin el concurso de los oficiales marinos Juan de Inciarte y Martín de Olavide, se encontrarán en la Nueva España como un Virrey socio de la Bascongada como D. Juan Vicente Güemes Pacheco, y con un publicista mexicano notabilísimo como José Antonio de Alzate. Cuando la misma expedición pase a Filipinas se encontrará allá con los miembros de la recién creada Compañía de Filipinas, muchos de cuyos accionistas serán socios de la Bascongada. ¿No os parece asombroso?

Este breve muestrario, entresacado de la Lección de Ingreso, resulta infinitamente más rico —y por tanto asombroso— analizando la recentísima obra del Dr. Goikoetxea Marcaida *La Botánica y los naturalistas en la Ilustración Vasca*, obra que acaba de editarse este mismo año, hace unos días, iniciando con buen acierto una colección que se llamará “Ilustración Vasca”. En esta interesantísima cuanto novedosísima obra brillan el tesón y las cualidades investigadoras del hombre a quien hoy hacemos Amigo de Número de nuestra Sociedad, un hombre nacido en la vizcaína Munguía en plena guerra civil española, que ha ido superando los escalones universitarios de Licenciatura y Doctorado por partida doble, esto es, en las carreras de Farmacia y Medicina y Cirugía, sin contar con ulteriores especialidades en Sanidad, Análisis clínicos, Dermatología, supervisión de instalaciones radiactivas, etc. Profesionalmente vinculado a la Residencia Sanitaria de Cruces, primero en el Departamento de Bioquímica, luego de Medicina interna y al fin, de Dermatología, ejerce la docencia en esta última especialidad desde 1982, primero como profesor encargado, y luego como Titular interino. A tenor de este curriculum profesional, son numerosos sus trabajos científicos elaborados en equipo y publicados en distintas revistas científicas de investigación sobre alopecias, dermatomitososis, leishmaniosis, mielomas, linfgranulomas, tumores, poroepiteliomas, panarteritis, etc. Esta faceta del Dr. Goikoetxea justificaría sin más su adscripción a nuestra Sociedad como un profesional relevante.

Mas existe en él otra faceta, particularmente apreciable por nuestra parte: con esa preparación científica de calidad, el Dr. Goikoetxea ha cultivado

algunos campos de la antropología y de la botánica vasca, sea desvelando la importancia de figuras como la de Xabier de Areizaga, Juan José Tafalla, Baltasar Martínez Compañón, en el campo de la botánica, sea elaborando una monografía de singular valor sobre la gran figura de D. Telesforo de Aranzadi, pionero con Barandiarán y Eguren de los estudios prehistóricos y antropológicos vascos. Nadie había construido una monografía tan rica y valiosa sobre Aranzadi, su vida, obra y producción, como lo hizo el Dr. Goikoetxea, sin demasiado eco en nuestro ambiente, como desgraciadamente sucede tantas veces. Y nadie había logrado hasta él una investigación exhaustiva acerca de los botánicos y naturalistas de la Ilustración Vasca. Esta obra, que acaba de aparecer, es un espléndido estudio, rico en información y bien construido, auténtica caja de sorpresas. En ellas nos encontramos con los proyectos botánicos de Vergara y Pamplona, los huertos experimentales y terapéuticos, el proyecto de Jardín botánico en Vergara, o la colaboración de vascos con los de Madrid, Aranjuez y Orotava.

Nuestra curiosidad se enciende al repasar los corresponsales botánicos de la Real Sociedad Bascongada vinculados al Jardín botánico de Madrid: los médicos Luzuriaga y Aranguren, el boticario Cortázar; más tarde Ruiz de Luzuriaga y Cavanilles, el mexicano Alzate y el peruano González, todos patrocinados por la gran figura de Gómez Ortega, los siete, socios de la Bascongada.

La lista se incrementa con otros botánicos (Exheandía, Arízaga), con los curas botánicos, con algunos escritores de botánica y con la nómina sorprendente de naturalistas extranjeros, socios de la Bascongada: el abate Diquemare, Powles, Dávila, el sueco Adamson, el británico Tuberville Needham, el francés Luis María Daubeton, colaborador de Buffon, o el también francés Marcandier. Junto a los extranjeros, nos sorprende la presencia de grandes figuras nacionales, como el ya citado Gómez Ortega, los célebres Antonio de Ulloa, Pablo de Olavide, Cavanilles, Cornide, Celestino Mutis, Juan Bautista Muñoz, etc... Todos son nombres de luz propia en el ambiente cultural dieciochesco: todos ellos, juntamente con otros que ahora omito, adornan con su categoría a la Real Sociedad Bascongada, aunque también hay que decir, que la Bascongada, abierta a los cuatro vientos, se gloria con la pertenencia de estos nombres a la Sociedad.

No quiero detenerme en el capítulo de los trabajos de la Bascongada en el terreno de la Botánica. Dado el pragmatismo de la Sociedad es natural que domine en ella, más que el gratuito saber acerca de las plantas, el conocimiento de qué propiedades útiles y explotables, y consecuentemente se interesase por la enseñanza de la agricultura, de las explotaciones forestales, las

mejoras en el cultivo de cereales, o en de los prados artificiales, árboles frutales, viñedos, y otros cultivos. Me complace mucho que, junto al paciente vaciado de los Extractos, el Dr. Goikoetxea haya sido el segundo en utilizar ampliamente la gran colección del millar de cartas del Conde de Peñaflores que editó y en el que ha sabido encontrar decenas y decenas de noticias interesantes para su trabajo.

Más donde la obra de Goikoetxea Marcaida lleva mayor sello de originalidad y novedad es en el estudio que hace de diversas expediciones botánicas realizadas en América en el siglo XVIII y de la participación vasca, y más concretamente de socios de la Bascongada en ellas. Recordemos algunos. Como sombra protectora de la expedición de Chile y Perú nos encontramos nada menos que con tres Virreyes del Perú, miembros de nuestra Sociedad: Manuel de Guirior, Agustín de Jáuregui y Teodoro de Croix. Junto a ellos el bilbaíno José Antonio de Areche, el religioso González Laguna, cuidador del huerto terapéutico de “Los Agonizantes de San Camilo”, o el camilo P. Isidoro Félix, profesor de Filosofía y aficionado a Newton, el llamado “Hipócrates peruano” Cosme Bueno, o la figura señera de la Medicina peruana Hipólito de Unanue, preceptor y secretario de la familia Landaburu Belzunce, todos ellos socios de la Bascongada. Limeño fue también José de Baquijano, socio de la Bascongada y también de la Academia Filarmónica de Lima e impulsor con otros vascos de la Sociedad Económica de Amantes del País. Figura notable es el navarro Juan José Tafalla, así como el célebre obispo de Trujillo D. Baltasar Jaime Martínez de Compañón y Bujanda, con una importantísima obra de historia natural con maravillosas láminas y generoso donante de una gran remesa de material para el Gabinete de Historia Natural de Madrid.

Si nos detenemos un instante en la expedición botánica al Reino de Nueva Granada, la actual Colombia, se entrelazan de nuevo los nombres de Guirior, Mutis, Cavanilles, Gómez Ortega, el Ministro de Estado Gálvez, el fiscal Moreno Escandón, el Ministro Valdés, Juan José de Elhuyar, o el Virrey baztanés Pedro de Mandineta y Múzquiz, amigo de Humboldt, *todos* de la Bascongada.

En fin, en la expedición botánica a Nueva España (México) nos salen al paso figuras de relieve, socios de la Bascongada, como los Virreyes Revillagigedo, Güemes y Azanza, el médico Juan Ignacio de Bertolache, el publicista José Antonio de Alzate. Todos ellos, como el Virrey Bucareli y Ursúa, el franciscano P. Horfi, el Regente de la Real Audiencia Francisco Javier Gamboa, el fiscal D. Ramón de Posada, el Superintendente de la Aduana Miguel Páez de la Cadena, el Director general de Minas Fausto de Elhuyar, el Direc-

tor de la Lotería D. Francisco Javier Sarriá, y D. Juan de Santelices, socios de la Bascongada. Y tantos y tantos otros, cuyos nombres omito por abreviar.

Esto significa que estas listas interminables y aparentemente anodinas de socios de la Bascongada a lo largo y ancho del continente americano, recorran vida cuando descubrimos la resonancia científica de muchos de ellos. La labor del Dr. Goikoetxea Marcaida es de incalculable mérito para devolver valor y vida a ese gra capítulo por historiar que es de la proyección americana de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, tema al que, si Dios quiere, dedicaremos un entero Simposio el año próximo.

Si esos hombres beneméritos perdieron con el paso del tiempo el brillo al que se hicieron merecedores, nos queda un recordatorio de su gloria, oculto hasta ahora e insospechado, que ha sido debidamente valorado por nuestro nuevo Amigo. En efecto, en esa incansable tarea de ir bautizando especies y géneros en Botánica, queda para siempre asociado a tal denominación el apellido de muchos socios de la Bascongada, eternizado cual si hubiese sido esculpido en bronce: ahí están para siempre el género o especie *Alzatea*, *Cosmibuena*, *Cavanilla*, *Cornidia*, *Gardoquia*, *Guirriora* o *Gomezia*, *Lardizabala*, *Luzuriaga*, *Ulloa*, *Martinezia*, *Iriarte*, *Azara*, *Bowlesia*, por no mencionar especies con otros apellidos vascos de quienes no pertenecieron a la Bascongada: *Echevarria*, *Echeandia*, *Ezpeletia*, *Lixarza*, *Saracha*, *Tafalla*, *Unanua*, etc... Sus apellidos van unidos para siempre a especies americanas por el empeño puesto en sus investigaciones botánicas.

Logros tan directamente relacionados con la historia de la Real Sociedad Bascongada merecen el reconocimiento de la misma, expresado en esta admisión del Dr. Goikoetxea Marcaida entre los socios de número. Con tan brillantes antecedentes no hace falta decir cuánto espera nuestra Sociedad de su eficiente colaboración en el futuro.

*Zorionak, adiskide agurgarri.*

